

Draper



Conflictos
ENTRE LA
RELIGIÓN Y LA CIENCIA



45
5

DE-ROTIOTOS

BL245
D7
1885
c.1



1080044582

JUAN GUILLERMO DRAPER

HISTORIA

DE LOS

CONFLICTOS ENTRE LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

AUGUSTO T. ARCIMIS

DE LA REAL SOCIEDAD ASTRONÓMICA DE LONDRES

CON UN PRÓLOGO

DE

NICOLÁS SALMERÓN

SEGUNDA EDICIÓN

110392

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle de Cedaceros, núm. 11

1885

37543

BL 245

D7

1885

Es propiedad.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

PRÓLOGO

La contrariedad que hace un año vino á perturbar á algunos devotos de la libertad de la Ciencia en su pacífica misión de la enseñanza, y la saña inverosímil con que plugo al Poder honrar la primera protesta presentada en la Universidad de Madrid contra las ilegales restricciones impuestas al Profesorado, dieron feliz ocasión á distinciones sociales y á nobles amistades con que el Catedrático de Filosofía del Derecho, Sr. Giner de los Ríos, vió compensadas las oficiales ofensas, enaltecida su conducta y hasta atendida con religioso celo su salud, que el Gobierno no supo ó no quiso respetar. Una de aquellas honorables personas, que así prestaban á la dignidad científica el homenaje debido entre las gentes cultas, es el traductor de este libro. Quien ha sabido unir su nombre con solos esfuerzos y sacrificios personales á los novísimos adelantos de la Astronomía, siendo, por nuestra desgracia, más conocido fuera que dentro de España, no es maravilla que supiera honrar al que por honrar la ciencia padecía. A su pesar, queremos hacer

público este testimonio de gratitud, ya que á este origen de nuestra amistad se anuda la obligación de escribir el presente prólogo.

Por grave compromiso, de empeño superior al esfuerzo de unos breves momentos que de otras tareas, apenas puedo en esta sazón distraer, tuve siempre la empresa de formular un juicio sobre el interesante libro en que el profesor Draper ha expuesto con vasta erudición, severa crítica y esmerado arte los *Conflictos entre la Ciencia y la Religión*. Por el antiguo y nuevo mundo divulgado; traducido á casi todas las lenguas cultas; examinado y discutido bajo diversos criterios en multitud de Revistas; con la autoridad de un nombre ya ilustre en las Ciencias naturales y en la Historia; y habiendo alcanzado, en suma, el privilegio de las obras universales, infunde ese religioso respeto que, si la crítica vulgar profana aplaudiendo ó censurando según las imposiciones del espíritu y aun del interés de secta ó de partido, manda á todo hombre desapasionado y severo juzgar, no ya *sine ira et studio*, que esto en lo pequeño como en lo grande importa á la salud del juicio: mas con cabal conocimiento del asunto, cuya concepción y ejecución sería sin esto imposible estimar rectamente. La general aceptación que en contados meses ha alcanzado entre los amigos de la libertad del pensamiento, y la profunda ingrata impresión que ha producido entre los interesados en mantener las imposiciones dogmáticas, debidas en parte son, sin

duda, al carácter y tono de propaganda y polémica que acentúa las brillantes y animadas páginas de este libro; mas injusto sería estimarlo como una de esas obras que en el fragor del combate se engendran, destinadas á caer en olvido cuando la lucha termine, y el ardimiento de las pasiones ceda á la tranquila soberanía de la Razón. Si no reclama meditación profunda; si más que discusión fundamental de principios forma su trama la exposición de hechos, con que más excita la fantasía y mueve el ánimo que despierta y sostiene la reflexión, no deja por eso de suministrar cumplida y elocuente prueba, cuanto en la Historia cabe, de que la intolerancia de las religiones positivas, ha retenido el progreso y contrariado la difusión de la Verdad en el Mundo, pretendiendo imponer transitorias y fantásticas representaciones de la Realidad y de la Vida, como criterio definitivo y sobrenatural de las investigaciones científicas.

Nunca como hoy, por la incuestionable superioridad de los tiempos en que la madurez de la civilización humana ha sustituido la fe en lo *imposible* y *absurdo*, por la convicción en lo real y racional; en que el misterio y el milagro han desaparecido ante el claro conocimiento de la universalidad y permanencia de las leyes: en que mitos y símbolos han sido penetrados por la crítica y revelado el proceso de su formación en el Espíritu; en que la historia comparada de las religiones positivas ha hecho reconocer el valor de sus pretendidas reve-

laciones, haciéndolas descender, ó mejor elevándolas, de imposiciones ideales y dogmáticas á expresión temporal del concepto, formado por individuos y seguido por los pueblos, del organismo de la Realidad y del destino del Hombre en el Mundo; y en que patente, por fin, la inferioridad del dogma á las concepciones científicas, aparece con su infinita majestad el sol de la Razón, disipando la penumbra de la fe: nunca como hoy, decimos, ha sido planteado en su cabal trascendencia—antes lo fuera sólo en relaciones particulares y con vago presentimiento—el problema de las relaciones entre la Religión y la Ciencia.

Innumerables y de varios géneros y tendencias son los trabajos con que desde el periódico hasta el libro viene dilucidándose esta capitalísima cuestión, que en los últimos días hasta ha revestido un gravísimo carácter político en casi todos los pueblos europeos, merced á las pretensiones de imperio temporal en que la Iglesia católica quiere encarnar la dirección y gobierno de las almas. Hasta en las naciones protestantes se cree mal seguro el Estado con las declaraciones y decretos de la corte pontificia y del Concilio Vaticano sobre el poder civil. La rebelde actitud del clero y la superstición de los fieles, han provocado en Alemania medidas que, si han pasado de los límites de la defensa, apenas si han correspondido á las condiciones del adversario. Inglaterra misma ha sido apercibida por sus más eminentes repúblicos del peligro que envuel-

ven para la lealtad civil los recientes dogmas católicos. Y las naciones latinas sufren ó espían las consecuencias del ominoso yugo. Prescindiendo por el momento de esta relación que ya sabrá resolver la espada, si no la justicia del Estado; y fijándonos en la lucha entre la ortodoxia y la Ciencia, merece notarse el significativo cambio en pocos años ocurrido. Con un poco de piadosa flexibilidad en la interpretación de los textos de la Biblia y un poco de atenuación ó de tortura en los descubrimientos de la Ciencia—á que se prestaran hombres como Cuvier—había corrido autorizada una conciliación, que ha acabado por reconocerse imposible. Y apartándose cada vez más se encierra la ortodoxia en el anatema; y la Ciencia niega á la religión sus títulos de perpetua dominación en el espíritu del hombre. La contradicción presente es profundísima; y al repasar la historia humana con el sentido, y aun la preocupación de la crisis en cuya solución estamos empeñados, aparecen los seculares conflictos con sangre y fuego sellados entre la fe positiva y la Razón. Tocó siempre á aquélla la misión de verdugo; la de mártir á ésta. Cada cual en sus obras daba testimonio de su virtud y origen. Para vivir necesitaba y aun necesita la una, oprimir y exterminar; la otra, vence sin imposición hasta la muerte. Inspirado en este espectáculo tan sublime como trágico, en que perece el hombre, pero la Verdad prevalece y triunfa, ha escrito el profesor Draper páginas dignas del asunto.

Pero un vacío y una honda pena deja la contemplación de ese espectáculo tan viva y bellamente representado en el presente libro. ¿Son esa contradicción y esos cruentos conflictos de la esencia misma de la Religión y la Ciencia? ¿Ha servido aquélla, como en su concepción de Satán pretende que éste sirve para exaltar la grandeza de Dios y la excelcitud de la ciudad celeste, solo para hacer máspreciados los progresos de la Ciencia? ¿No ha reportado la Religión, aun en el límite de sus manifestaciones históricas, beneficios á la Humanidad, ni contribuído positivamente á la obra de la civilización? ¿Habrá de desaparecer al fin la Religión de la conciencia de los hombres y de los pueblos para que éstos en paz alcancen la plenitud de su cultura?

Cuestiones son éstas, que trascienden de un mero estudio histórico; que piden ser planteadas y resueltas bajo principios filosóficos en razón de los conceptos de la Religión y de la Ciencia; y que en su aplicación á las evoluciones progresivas de la vida humana revisten un carácter complejo filosófico-histórico, donde la eternidad del concepto se muestre en el proceso legítimo de su temporal determinación efectiva. No pretende el ilustre profesor norteamericano dar este alcance á su trabajo, que desde luego reduce á los límites de una exposición histórica; y aun dentro de ellos se circunscribe todavía á estudiar el antagonismo y la lucha entre los progresos de la Ciencia y las confesiones cristiana y musulmana. Sin duda son éstas y las civilizaciones que

á ellas se anudan la obra más importante de la segunda edad de la Humanidad en la Tierra, dentro de cuyo período vivimos aún, si bien preparándonos para una superior evolución en que, franqueando aquellos límites y rompiendo sus estrechos moldes, se eleve la Conciencia á un estado más conforme con su naturaleza racional, á una concepción más comprensiva y verdadera del organismo del Mundo, y á la absoluta Idea del Sér como principio de la Realidad y de la Vida.

Pero ni aquellas etapas de la conciencia religiosa y científica son las únicas que merezcan ser conocidas, y basten á fijar las relaciones entre esas dos fuerzas capitales del Espíritu; ni el proceso mismo de la formación y desarrollo con que aparecen puede ser justa y suficientemente comprendido y apreciado sin el claro fundamental concepto de estos términos y esferas de la vida racional, y sin el conocimiento de los estados precedentes en cuya continuidad y relativa dependencia histórica se produzcan la fe de Cristo y de Mahoma. ¿Cómo saber, por ejemplo, el propio valor de la angelología cristiana sin conocer sus precedentes en las representaciones religiosas arianas? ¿Cómo entender y estimar rectamente la concepción del Dios extramundano y antropomórfico que por tan grandes evoluciones ha pasado, hasta fijarse en el monoteísmo semítico y en la Trinidad cristiana, ¿Cómo formar cabal ideal del Cristo, ignorando las encarnaciones y apotheosis de las religiones arianas y la doctrina del Ver-

bo en la filosofía helénica? ¿Cómo penetrar en el origen y valor de los intermediarios y patronos que pueblan los altares, sin conocer el carácter *gentil* de las divinidades paganas, Y todo esto, ¿cómo viene á ser representación y concreción de la esencia de la Religión misma que tiene su fuente universal y eterna en la Conciencia del hombre?

Lejos estamos de pensar que la Religión constituya un estado transitorio de la Razón humana, como Hegel y Vacherot y Strauss y tantos otros, en nuestros días sobre todo, afirman. Lejos también de creer que la esencia de la Religión se agote en una manifestación histórica, como Renán y Vera pretenden que se ha agotado en la cristiana. El grave y trascendental error de confundir ó identificar la Religión con sus revelaciones positivas, comparable al de reducir el valor y alcance de la Ciencia al determinado en el sistema concebido por un hombre, llevaría ciertamente á tener por esencial y definitiva la contradicción entre la Religión y la Ciencia, y á desear la legítima desaparición de aquélla como prenda de paz y amor universal entre los hombres y condición irremisible para el progreso y difusión de la Verdad en el mundo. Si así fuera, ¿quién, libre de preocupación, podría resistir, ni qué pudiera oponerse racionalmente á la conclusión de Strauss en su última ingenua y profunda confesión sobre *la antigua y la nueva fe*, cuando afirma que la Religión es incompatible con la nueva superior concepción del Mundo y de la Vi-

da universal que la Ciencia ha revelado? ¿Cómo, sin abdicar de su dignidad racional y caer en moral abyección, sobrepondría el Hombre los puros sentimientos y creencias religiosas á las verdades científicamente demostradas? Sobre el absurdo de negar el perfeccionamiento y el progreso en la Religión se haría inmutable el límite de las revelaciones positivas, cuando hasta la revelación misma y lo sobrenatural son mera forma histórica y transitoria condición de las representaciones fantásticas en que encarnan los hombres las relaciones que trascienden al Principio de la Realidad por no saber mantenerse en la pureza é integridad de su concepto: cosa que, dicho sea de paso, ya reconocen y declaran los órganos más puros y elevados del llamado protestantismo liberal, como Parker y Vögelin, Scholten y Reville, y entre nosotros, espíritus tan religiosos como Castro y Tapia.

La índole y hasta las dimensiones naturales de un prólogo no consienten que nos detengamos á dilucidar las cuestiones arriba enunciadas; ni ante la gravedad del asunto podría satisfacer una mera solución anticipada y dogmática que nunca tendría otro valor que el de una opinión subjetiva, desprovista hasta de autoridad personal, que no pretenderíamos ostentar tampoco, aunque la mereciéramos, ante el público. Pero séanos lícito consignar al menos, que si las religiones positivas no han tenido, ni pueden tener otro carácter ni origen que el de un estado temporal de la Conciencia

humana en el individuo ó en los pueblos que aspiran á consagrar en la vida la unión de los seres del Mundo bajo el Principio absoluto de la Realidad, es infundada y hasta irracional la afirmación de que afecten á la esencia misma de la Religión y la Ciencia la contradicción y los conflictos que nacen sólo de los límites y representación histórica en que ha estado por determinado tiempo el espíritu del hombre. Aun dado que una confesión religiosa se estimara como revelación directa de Dios—lo cual está contradicho en cada caso por la Historia y hasta por el exclusivismo que cada supuesta revelación pretende—habría de ser necesariamente limitada como determinación efectiva, como hecho, pues que en ningún hecho puede agotarse la esencia de ningún sér; y como dato que, con ser gracioso, indefectiblemente se apropia según la condición y el estado del que lo recibe. Hasta los mismos católicos, que en punto á erigir en santidad nunca han sido muy exigentes de ciencia ni virtud, ¿cómo podrían identificar nunca la elevación y pureza con que reciban la palabra divina el más inculto y negligente de los fieles y el Padre común de todos, que á una cuasi consustancial infalibilidad con Dios han elevado? Y es que en la esfera religiosa, como en todas las demás de la vida, los límites de la individualidad son sagrados é infranqueables. Por eso también la libertad es tan de esencia en la Religión: aunque todas las religiones positivas hasta hoy la condenan

y persiguen con piadoso celo y santa intolerancia. A su vez la Ciencia, cuyo propio objeto es la Verdad, cuya obra, por tanto, consiste en saber las cosas como ellas son realmente, debe distinguirse del parcial y relativo saber que los hombres alcanzan en un tiempo dado. Los conceptos se forman y reforman, se estrechan ó extienden, se sintetizan y elevan; mas la Verdad es siempre la misma, universal y eterna. Por su interior homogeneidad, una verdad que sólo en parte ó en determinada relación, siempre en límite, sea concebida por el hombre, conserva su cualidad inalterable en medio de la limitación del conocimiento; y en el proceso de la vida se enlaza libremente con otras y otras relativas y particulares con que vamos penetrando en el reino universal de la Verdad. Y como no se impone su parcial descubrimiento, cuanto menos las limitaciones que la contradigan ó deformen, con la pretensión de un dogma infalible; antes bien reclama y promueve á cada hora nueva investigación y prueba, progresa y se extiende en paz y sin violencia; derriba sin estrépito los ídolos; rompe las estrechas envolturas al brotar de vigorosos fecundos conceptos, y corrige con amor los viejos errores. La Ciencia vive así de evolución libre y progresiva: sus manifestaciones históricas no son cerradas, ni exclusivas, ni impuestas; en ella no cabe el gentilismo; la escuela no alcanza á anular la libertad del concepto.—Mas la Religión, por cuanto consiste en la unión de los seres en la vida, se

produce haciendo estado en una total concepción del Mundo, fijándola en una representación ideal y congregando bajo esta enseña sus fieles. De aquí el *gentilismo* de que no se ha purgado hasta ahora ninguna confesión positiva; y de ley es que á su proselitismo acompañe el exclusivismo más estrecho, como sagrado, llegando, según los períodos de todo proceso biológico, á predominar éste sobre aquél, cuando la hora de la muerte se aproxima. Nuevo ideal, nueva fórmula religiosa aparecerá cuando otra nueva superior concepción de la Realidad y de la Vida haya penetrado y arraigádose en la Conciencia del hombre. Así, de cada capital progreso de la Ciencia debe resultar y resulta una más amplia y universal y pura comunión religiosa, hasta que desgentilizándose, si se permite la expresión, quede y se afirme la Religión natural, con límites franqueables y libres, mas sin limitaciones impuestas ni dogmáticas que la contradigan, perviertan ó deformen. De esta suerte se concibe y explica que, en medio de contradicciones históricas y de colisiones impías, sean esencialmente y deban ser en la madurez de los tiempos de armonía y concordia las relaciones entre la Religión y la Ciencia.

Por más que sus conflictos todavía nos preocupen al presente, y violenta enemiga separe á los sectarios del dogma y á los libres investigadores de la Verdad, imposible es desconocer, cuando en razón se piensa y con sana crítica se estudia la His-

toria, no ya la unidad de principio y comunidad de origen en que se fundan y de que proceden aquellas esenciales relaciones de la Conciencia, mas la compenetración histórica que en la producción de ambas obras existe. Y algunas, si aun raras, autorizadas voces de los contrarios campos anuncian el concierto que presienten, y preparan la armonía que contemplan en el divino consorcio de la Realidad y la Razón, á cuyo supremo fin en definitiva sirven, aun sin saberlo y sin quererlo, los mismos que extreman de un lado la estrechez é irracional supernaturalismo del dogma, y de otro la negación de todo principio trascendental en la existencia de los seres y en la formación de su concepto: los unos precipitan la ruina de las impuestas representaciones dogmáticas; los otros elevan la observación al reconocimiento de las leyes que rigen el infinito organismo del Mundo. Atestiguan en lo general nuestro aserto las graduales evoluciones del llamado protestantismo liberal, y la transformación que en el Positivismo contemporáneo prepara el Monismo tan preclaramente representado por Haeckel y Wundt.

Y para no multiplicar citas ni ejemplos, bastará notar dos manifestaciones singulares de altísima importancia.

Después de la aparición de este libro, otro profesor, norte-americano también, Mr. Charles W. Schield, ha publicado una obra (*Religion and Science*) encaminada á probar la armonía entre la

Religión y la Ciencia, y donde trazando un rápido bosquejo de sus conflictos, muestra cómo han ido tratando los teólogos de conciliar con la Ciencia sus dogmas. Ofrece en esto un aspecto histórico de la cuestión, que con indisputable verdad completa el presentado por Draper. En los tiempos de formación é interna vitalidad del Cristianismo aparece evidente la decisiva influencia de las doctrinas científicas. Después, y á medida que va completando su definición dogmática, niega y condena las libres especulaciones que por el progreso de la Razón vienen contradiciéndola. Más fiel á su confesión y al particular fin y título de la enseñanza que profesa (*Armonía de la Ciencia y de la Religión revelada*), que consecuente con la misma verdad histórica que en la elaboración del dogma reconoce y sustenta, pretende Mr. Schield que la solución de paz á la crisis presente debe esperarse de una filosofía futura, que por cierto no logra determinar; como si hubiera de amoldarse la Ciencia á las conclusiones impuestas por una fe positiva, que á un inferior estado de cultura corresponde.

¡Qué distinto es el sentido del ilustre Tyndall, cuando en su primer prefacio al célebre discurso pronunciado en Belfast, contesta á las violentas censuras de la estrecha ortodoxia!: «No es, dice, en las horas de claridad y vigor cuando la doctrina del ateísmo se recomienda á mi espíritu; desde que vuelve el pensamiento más fuerte y más sano esa doctrina se disipa y desvanece siempre, porque no

ofrece ninguna solución al misterio que nos envuelve y del que nosotros mismos formamos parte.»

Allí es la religión positiva que, desesperando de su propia vitalidad, se aparta de la Ciencia, cuya luz teme al sentir la relajación y flaqueza de sus misteriosos símbolos; aquí es la Ciencia que, segura de su virtud, y reconociendo sus propios límites é históricas limitaciones, aspira confiada al principio eterno de la Religión misma en la conciencia racional del hombre. Y es que las imposiciones dogmáticas mutilan y endurecen el Espíritu: los ideales religiosos en cuanto se concretan en fórmulas y ritos y se determinan como productos de la actividad de la fantasía, y se encarnan en instituciones seculares, pierden luego su interna vitalidad orgánica; y de productos orgánicos, como en el mundo de la Naturaleza acontece, degeneran en materiales inorgánicos, estadizos, petrificados, empedernidos, que solo entrando en la circulación universal y al calor de una nueva idea se vivifican y transforman como elementos de más altas y comprensivas concepciones, que á su vez se determinan en creaciones más puras, libres y bellas. Tal es el proceso á que las religiones positivas, como todas las obras de la vida racional, obedecen.

De todas estas cuestiones que afectan al fondo mismo de las relaciones entre la Religión y la Ciencia prescinde el libro del sabio profesor Draper, mas injusto sería censurarlo por ello, y por ello desestimar su obra. No proponiéndose diluci-